Discurso inaugural del CXXXVII año académico. Academia Nacional de Medicina

Julio Sotelo*

Hace exactamente 100 años, en los albores del siglo veinte don Porfirio Parra señalaba en su discurso inaugural del año de 1901 en el recinto de la Academia Nacional de Medicina lo siguiente:

"En el año 1864, y con fecha 21 de marzo, debe fijarse la cuna de nuestra Academia Nacional de Medicina, que de entonces acá ha llevado acabo no interrumpidas labores, que la constituyen en manantial perenne de conocimientos médicos. Nuestra Academia ha contado siempre en su seno médicos ilustres, no ha existido notabilidad médica que no haya ocupado uno de sus sillones, y prestado a sus labores el precioso contingente de sus luces; no ha habido cuestión médica de interés, ya nacional, ya internacional, que no haya producido en nuestra sociedad un eco sonoro y duradero. Hacemos votos porque en la nueva centuria la Academia Nacional de Medicina no olvide sus tradiciones gloriosas; porque continúe siendo un foro de comunicación y dilucidación de las doctrinas médicas; porque el hecho de haber ingresado constituya un motivo de importantes trabajos para los médicos de nombradía. ¡Ojalá esta sociedad, arbusto floreciente en el último tercio del siglo XIX, sea durante la vigésima centuria el árbol fructífero y corpulento, a cuya sombra, para bien de la humanidad doliente prospere la medicina nacional".

Ahora, 100 años después, a 137 años de su fundación y en los albores de otro nuevo siglo, que también coincide con un nuevo milenio, estas palabras resuenan como un eco aún vibrante dentro de este señorial recinto de la Academia Nacional de Medicina. Hace 100 años nuestros colegas vivían con pasión los inicios de la microbiología, la anestesia y la cirugía; en el tomo 47 de la Gaceta Médica de México se relatan con minuciosidad los grandes problemas médicos que el país enfrentaba. En esa tan cercana y tan lejana época, tan cercana en el contexto de la historia de la humanidad, tan lejana en el devenir espectacular de la ciencia médica durante el siglo 20, la expectativa de vida al nacer era de 34 años (la inmensa mayoría de los que estamos ahora en este auditorio o ya no viviríamos o seríamos excepciones de longevidad dentro de la población general), aun no se habían descubierto los antibióticos, las vacunas eran un proyecto en la mente de Pasteur, no conocíamos casi ninguno de la pléyade de métodos curativos de que fácilmente disponemos ahora, no contábamos ni siquiera con esbozos de la tecnología diagnostica y sorprendente que por ejemplo ahora nos permite ver con gran definición el cerebro y asomarnos al pensamiento mismo con imágenes que hubieran sido inconcebibles hace sólo unos cuantos años. Nuestros colegas no vislumbraban ni en su imaginación la tecnología genómica que hizo concluir el siglo 20 cumpliendo el sueño ancestral de conocer la esencia misma de la herencia y desglosar con precisión matemática la materia de que estamos hechos, para definir con detalle las moléculas que componen los 100 000 genes que constituyen la fábrica de la biología humana. El siglo 20 inició en la medicina conociendo la microbiología, y avanzó a pasos agigantados abatiendo una por una todas las principales causas de muerte prematura, todas ellas eran de origen infeccioso, baste recordar las infecciones perinatales, las grandes epidemias, la viruela, la tuberculosis, la malaria, las parasitosis, las enfermedades exantemáticas. La lista sería interminable. Todas ellas se encargaban de mantener

* Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

al ser humano como uno más de los huéspedes de la naturaleza cuyos miembros, en una amplia mayoría morían en la infancia o la juventud siguiendo el *dictum* evolucionista de la supervivencia del más fuerte. La investigación biomédica fue dando uno por uno resultados brillantes, sin precedente en la historia de la humanidad, a todas estas enfermedades, y las doblegó a todas ellas. En esta empresa, producto de lujo del conocimiento científico participaron con contribuciones mayúsculas varios mexicanos miembros todos ellos de esta Academia Nacional de Medicina. Después de 100 años de esplendor y de ser la medicina el área del conocimiento que más descubrimientos realizó en toda la historia del talento humano, concluyó el siglo XX con las neurociencias y la biología molecular generando información que dejaría sin aliento y perplejo al más audaz futurólogo del siglo XIX.

Hace sólo unos días, 38 para ser exacto, dejamos atrás el siglo XX y el segundo milenio para aventuramos —en el caso de nuestra Academia a partir de este día 7 de febrero de 2001— en el siglo XXI y el tercer milenio de nuestra cosmología, fecha señalada y números cabalísticos 21 y 3 que serán, todo parece indicar, los mejores tiempos que viva el ser humano, por lo menos en lo que a nuestro oficio concierne. Recuerden el mexicanísimo dictum *año de nones, año de dones.* Nuestro ánimo tiene que estar a tono y aunque a los científicos no nos está permitido creer en predicciones astrológicas, permitámonos por esta ocasión creer que el 21 y el 3 son nuestros números de suerte y buen presagio en los tiempos por venir.

Con su anuencia, voy a ocupar unos segundos para despedir al siglo XXI, que vivieron con emoción cinco generaciones de académicos y estuvo compuesto por 5200 semanas, en mayoría de ellas hubo sesiones académicas reglamentarias en donde se trataron uno a uno los avances médicos sorprendentes que fueron la rutina de este siglo y que están contenidos en más de 100 volúmenes de nuestra legendaria Gaceta Médica de México, centenaria revista oficial de la Academia Nacional de Medicina. Para contraste, recordemos que en esos tiempos la expectativa de vida al nacer para los mexicanos era de poco más de 30 años, ahora es de un promedio de 73 años para hombres y mujeres; ahora, la mayoría de mexicanos puede aspirar a morirse de viejo, antes no: hay que recordar que en los primeros 39 900 años de historia social del ser humano y hasta finales del siglo XIX la medicina era profundamente humanística y terriblemente ineficiente desde el punto de vista terapéutico. No hay que olvidar que hasta un simple dolor de cabeza era un desafío que con alta frecuencia el médico no podía resolver; qué haríamos ahora sin la anestesia, la asepsia, los antibióticos, los analgésicos, los antihipertensivos, los antidepresivos, los sedantes, los fármacos antagonistas, los antiparasitarios, las transfusiones, las hormonas, los inmunosupresores, los antineoplásicos, qué haríamos sin el laboratorio clínico, sin la imagen computarizada; sin la cirugía, princesa de las artesanías y maravilla que nos permite el milagro cotidiano del transplante, que a su vez es el ejemplo más noble de solidaridad humana.

Este siglo XX, al que ahora despedimos fue la crisálida del talento científico y tecnológico, seguramente será recordado como el siglo de oro de la medicina. Afortunados los que nos tocó vivir un rato en él y haber sido testigos presenciales. En México, fue el siglo de la Salubridad Pública, de la creación de Instituciones de Salud que son orgullo en el extranjero e incluso paradigma de alta eficiencia reconocido no sólo en México, que sólo denotaría autocomplacencia, sino internacionalmente. Varias instituciones y una buena cantidad de académicos son líderes médicos mundialmente reconocidos, por ejemplo, nuestros académicos honorarios, la mayoría de ellos presentes esta noche, que han dado a México y al mundo el obsequio de su ingenio y creatividad.

Adiós al siglo XX, como en 1901 lo vislumbraba y lo deseaba el Presidente de la Academia, la medicina mexicana cumplió; si el doctor Gabino Barreda, el doctor Vertiz, el doctor Liceaga, el doctor Lucio, el doctor Andrade, el doctor Jiménez, el doctor Carmona y Valle, el doctor Río de la Loza hubieran vivido 100 años más, para presenciar este momento, estoy cierto que con entusiasmo nos dirían que no la hicimos nada mal, ¡nada mal en absoluto! De hecho, la hicimos sorprendentemente bien y si alguien cree que exagero, ahí están los resultados, ningún otro oficio le dio tanto al ser humano como la medicina. Ninguno como la medicina ha sido bálsamo en sus sufrimientos; ninguno como la medicina le ha permitido renovadas ilusiones, segundas oportunidades y prolongar al hom-

bre actual sus tiempos mucho, mucho más a que todos sus predecesores.

Sin embargo, durante ese siglo que terminó fallamos en varios puntos, al fin y al cabo *errare humanum est*, yo evocaré tres fallas; las tres importantes, pero disculpables porque vinieron apareadas a nuestros sonados éxitos. Entusiasmada por sus triunfos cotidianos, la imagen de muchos médicos ante los pacientes se tornó, de amable y expectante a soberbia y arrogante, descuidada del buen trato y olvidando el enorme valor terapéutico de la sonrisa y del oído bien dispuesto. También, como efecto natural del impresionante acerbo tecnológico que poseemos en muchos casos nuestro oficio se tornó caro, esto no es culpa nuestra, pero también dio entrada a un concepto empresarial y a no pocos abusos que en muchas ocasiones han empañado el albo color de nuestra bata; obligación novedosa que estos tiempos traen a nuestra profesión es la de cuidad celosamente el patrimonio y el dinero de nuestros enfermos y jamás confundir el beneficio del enfermo con nuestro propio beneficio, ni sus necesidades con las nuestras. Finalmente, la miríada de conocimientos que la investigación biomédica ha puesto a nuestra disposición ha generado, también como consecuencia lógica, la supraespecialización reduccionista con frecuencia en detrimento de una visión humanística integral, que debe ver al paciente como un ser único, con un bagaje complejo de pesares físicos y mentales que tenemos que entender y aliviar en la intrincada prestidigitación propia de nuestro oficio, donde tenemos que combinar cotidianamente los datos sólidos científicos y palpables que nuestra tecnología brinda con una dosis creciente de intuición, sentido común, buena disposición, gentileza y cordialidad; todas estas últimas incuantificables, difíciles de definir y más aún de dosificar. La ventaja es que todos los médicos sabemos con precisión de que se trata, lo que sucede es que a veces no estamos de humor para completar la receta con estos segundos ingredientes. Aunque bien sepamos lo importantes que son en el arsenal terapéutico.

Al ritmo que tuvieron los primeros 70 años del siglo XX las predicciones para el año 2000 eran luminosas, para el año 2000, se decía por nuestros colegas, las enfermedades infecciosas serían historia, las proliferativas (como el cáncer) estarían dominadas y bajo control. La medicina como el arte de curar enfermedades sería una profesión en reposo. Después de los atareados tiempos vividos en descubrir las causas de las enfermedades y sus tratamientos para estas alturas, en el año 2001, solamente estaríamos atendiendo alguna que otra enfermedad que neciamente se presentase sin haber sido prevenida. En aquellos años creíamos que la única causa importante de muerte en el siglo XXI serían las enfermedades asociadas a la vejez.

Sería ocioso decir ante esta audiencia, que representa lo más distinguido de la medicina mexicana, que los pronósticos se equivocaron; que ahora, al inicio del milenio 3 y del siglo 21, tenemos nuevas infecciones, el sida y los priones sus prototipos, para las que no tenemos respuestas satisfactorias; que el cáncer ha escalado puestos para convertirse en causa primordial de muerte, de sufrimiento y de elevados costos, que la violencia tanto social como familiar (contra las mujeres y los niños) son problemas médicos de enorme complejidad; que las adicciones son la marca de la sociedad moderna, que las enfermedades demenciantes e incapacitantes asociadas a la edad avanzada progresan en forma impresionante, que la depresión y los traumatismos alcanzan números alarmantes. Todos ellos son nuestro nuevo campo de trabajo, son nuestro nuevo terreno de acción. Es decir, todo lo que preocupaba y abrumaba a la medicina durante toda la historia de la humanidad hasta hace 100 años fue resuelto contundente y brillantemente durante el siglo XXI; pensábamos que una vez resueltos estos problemas íbamos a reposar, la realidad nos indica que no fue así, que esos problemas, al ser resueltos iban a traer como consecuencia sobrepoblación y una avalancha de nuevas enfermedades y sufrimientos que ahora demandan un nuevo vigor y nos regresan al principio, los problemas que enfrenta ahora la medicina después de un exitoso transitar de 100 años, son tan grandes y complejos como siempre.

Esto trae una buena noticia gremial, contrario a lo que se hubiera pronosticado, la medicina tiene una agenda intensa y desafiante, mantiene por los tiempos por venir una vigencia indiscutible y un lugar principalísimo en la sociedad. Con toda certeza este siglo que ahora inicia no nos vamos a aburrir; podemos estar tranquilos, seguiremos siendo indispensables, el producto de nuestro trabajo seguirá siendo ansiosamente esperado y valorado por la

sociedad, seguiremos ocupando un lugar de privilegio en la ciencia y en todo lo que compete al ser humano. Los problemas en el panorama médico son tan grandes como siempre han sido, sólo que ahora diferentes ¡qué privilegio vivir la diferencia!

La pregunta obvia es porqué después de tantos éxitos estamos tan abrumados como al principio; la respuesta también es peculiar: porque en la medicina, a diferencia de otras profesiones, nuestros éxitos se miden en que evitemos que pase lo que podría pasar. En otras profesiones los éxitos se miden porque pase lo que no hubiera pasado, una obra de ingeniería, una carretera, una presa, un rascacielos, una fábrica productiva, una nueva ley, una empresa que genera dinero son más espectaculares que ver que un enfermo no murió (que es motivo de nuestra mayor satisfacción) y todavía menos espectacular es ver que un sujeto sano siga sano, es decir que no pase nada, de lo cual la sociedad ni cuenta se da y nosotros quedamos extasiados de alegría y profundamente emocionados. Ni hablar, los hechos de la medicina sólo se miden en que todo siga bien, con discreta y modesta eficiencia enfocada a que nuestros congéneres continúen disfrutando la vida, ninguna otra espectacularidad.

Ante tanta perplejidad que nos generan los nuevos panoramas de la medicina tenemos un ejército de jóvenes médicos entrenados en los más estrictos cánones científicos, tenemos una tecnología impresionante, tenemos una historia profesional rica y generosa, tenemos una gran seguridad y confianza en nuestra capacidad. Estamos listos para el nuevo siglo, la sociedad puede estar confiada en que daremos buenas respuestas a los múltiples problemas de salud que la aquejan, después de todo, en este augusto recinto se ha demostrado una y otra vez que los problemas no son mayores que las respuestas.

Si se me permite divagar en el difícil asunto de hacer pronósticos, en el futuro la profesión médica estará mayoritariamente en manos de mujeres, esto traerá unido a su inteligencia la exquisita sensibilidad tan característica del sexo femenino; durante este nuestro nuevo siglo vamos a conocer por primera vez las bases biológicas de la mente, arcano que siempre ha anhelado conocer el ser humano; el cáncer ahora si tendrá que ser doblegado, el sida también; el genoma humano se conocerá con precisión nanométrica y con él las causas, riesgos y susceptibilidad a múltiples enfermedades así como las bases mismas de nuestras peculiaridades somáticas y funcionales; vamos a conocer, y posiblemente a neutralizar, las causas biológicas de las adicciones. Si el próximo siglo es como el pasado, dentro de 100 años en este auditorio lo celebrarán nuestros colegas, como ahora lo hacemos nosotros. Aunque desde luego pronostico con razonable certeza que en esas fechas, ahora lejanas, una vez resueltos los problemas que nos abruman tendrán otros muchos, tantos y tan complicados como los que ahora tenemos. El problema es que no los puedo anticipar; porque ahora, como hace 100 años a mí me parece, posiblemente con ingenuidad, que una vez conjurados el cáncer, las enfermedades degenerativas, las enfermedades mentales, las nuevas infecciones virales la medicina no tendría ya mucho trabajo por hacer. A ver dentro de 100 años cual es el nuevo panorama.

Señor Presidente de la República, Señoras y Señores Académicos para este año tenemos una muy activa agenda de trabajo, a lo largo de nuestras sesiones ordinarias y de nuestros foros de consulta y discusión abordaremos una enorme gama de temas sociomédicos, científicos y de consulta para presentar ante la comunidad médica los mejores análisis y alternativas posibles en temas que van desde la nueva cirugía incruenta con diversos rayos físicos, al genoma humano, a la violencia intrafamiliar, al aborto, a la toma de decisiones, a la epidemiología molecular, etcétera. Participaremos, con un gran entusiasmo en la Cruzada por la Calidad de los Servicios Médicos, consolidaremos este año presidiendo el comité normativo en conjunto con la Academia Mexicana de Cirugía y los Consejos de Especialidades para consolidar el largo proceso de certificación y recertificación de varios miles de médicos especialistas; tendremos 16 comités activos que trabajarán en un caleidoscopio de campos desde la bioética, hasta las relaciones científicas internacionales con otras academias de medicina. Este año nuestro auditorio, salas de juntas y trabajo de consulta se renovarán; acorde con nuestros tiempos y gracias a un convenio firmado el día de hoy con el Rector de la UNAM nuestro auditorio se convertirá en sitio interactivo de teleconferencias que nos permitirá enviar y recibir instantáneamente la imagen de nuestras reuniones a cualquier

parte de México y el mundo contando con la implementación más moderna para teleconferencias y grabación de sesiones que también servirá para crearla filmoteca de la Academia. Reforzaremos el Programa Nacional de Actualización para Médicos Generales con el que varios miles de médicos generales en el país cuentan para mantenerse al día en la medicina. En la primera semana de octubre se celebrarán en la ciudad de San Luis Potosí las tradicionales Jornadas Médicas en provincia. En el mes de junio será la recepción a los nuevos académicos seleccionados por estricta meritocracia para ingresar a la academia.

La Academia Nacional de Medicina felicita a los académicos Julio Frenk, Secretario de Salud, Roberto Tapia, Enrique Ruelas, Onofre Muñoz, Misael Uribe designados por el Presidente de la República para ocuparlos cargos de máximo nivel en las instituciones nacionales que tienen la gran responsabilidad de llevar la salud de los mexicanos a tiempos mejores, enhorabuena.

A nombre de la Mesa Directiva ofrezco a todos los académicos que trabajaremos con el mejor de nuestros esfuerzos en bien de la Academia Nacional de Medicina durante este, su 138 año lectivo.

edigraphic.com